

Vivir en el ritmo

Por Sander Manse

Nuestra vida está formada por ritmos cíclicos enlazados entre sí cuya sucesión quizás sea en el propio hogar donde esté organizada de forma más rigurosa. Sin embargo, algunas de las actividades que antes eran parte integrante de nuestra vida cotidiana han ido desapareciendo de nuestras rutinas domésticas. Los ritmos funcionan desde siempre como interfaces para el intercambio de informaciones organizando interacciones entre personas, animales, plantas, objetos y espacios. Durante mucho tiempo, chimenea, radio y televisión han marcado el compás para la organización del hogar. Así, durante decenios la vida en el hogar ha estado condicionada por el concepto de la familia nuclear que se sentaba alrededor del televisor y consumía un programa de entretenimiento cuidadosamente planificado que podía abarcar tantas horas como canales. El ritmo y la duración de las pausas de publicidad decidían el tiempo que entremedias pasábamos en la cocina o en el baño. Los muebles estaban cuidadosamente organizados alrededor del televisor para poder garantizar que todos los miembros de la familia pudieran disfrutar de una visión óptima. El papel central lo desempeñaba el sofá. La evolución de este mueble fue pasando poco a poco de la de un sofá "activo" en el que se podía sentar uno erguido a la de un mueble de salón parecido a un cama. A lo largo de este proceso, los sofás aumentaron su tamaño y la forma de "L" de un sofá de esquina pasa a ocupar un lugar fijo en el cuarto de estar: vivir en casa es equiparable a "lounging".

Actualmente, dado que la electrónica de entretenimiento ha dejado de ser fija y que los contenidos están disponibles en cualquier momento, el ritmo de una familia no depende necesariamente de los programas de televisión e incluso la dominancia del sofá no es inevitable. Las rutinas y los ritmos se desplazan y son reestructurados con nuevos medios. Gracias al trabajo de temporada, a ejercer una profesión libre o a horarios flexibles, no hay que abandonar necesariamente la vivienda. E incluso cuando se quiere comer en casa, no hay por qué cocinar allí (Deliveroo, Foodora, Uber Eats). Podemos alquilar a otras personas una parte de nuestra vivienda o de nuestra casa, consiguiendo de esa manera regularmente unos ingresos adicionales (Airbnb). Nuestras viviendas se han convertido en un vehículo para expresar nuestro estilo personal y nuestro estatus social (Instagram, Amigos de amigos). En nuestra casa existe una voz que sólo habla cuando uno se dirige a ella (Alexa, Google Assistant, Siri). Tampoco existe ya el antiguo concepto férreo de la familia. ¿Y quién encuentra que es un modelo apetecible el de "ama de casa"? ¿Qué nuevos ritmos hacen todo esto posible y cómo configuran las personas las formas, el tamaño y los contenidos de sus hogares para proporcionar espacio a estos nuevos modelos?

En principio son varios los ritmos que se solapan con los que hacemos la coreografía de nuestra vida. Algunos de ellos tienen un alojamiento profundo y no se modifican con el tiempo, otros oscilan por encima pero posiblemente solo durante un tiempo. Una vibración básica es el cambio de las estaciones del año. En verano el hogar se abre a la naturaleza a la vez que se

protege del calor. En invierno nos recogemos en casa y nuestro hogar es una fuente de calor. Los jardines florecen y se secan. Existen ciclos de vida de los seres vivientes y organismos que viven en la casa - Las personas nacen y se hacen mayores, los animales domésticos viven y mueren, las plantas florecen, crecen y mueren, la batería del aspirador tiene que ser sustituida, los aparatos eléctricos dejan de funcionar, una alfombra se desgasta. Un hogar precisa cuidados permanentes y requiere mucha atención. Y finalmente existen todavía ritmos de la vida del hogar que no han cambiado y con los cuales realizamos las tareas cotidianas del hogar y satisfacemos necesidades. Cinco días laborables y un fin de semana en los que comemos, dormimos, nos duchamos, abrimos y cerramos nuestras cortinas, ventanas, puertas y armarios.

Nuestro hogar está situado en otra zona horaria diferente a los espacio en los que pasamos la mayor parte del día. En casa nos gusta vivir más despacio y libres de estructuras, sin obligaciones ni horarios. Existe, eso sí, una regularidad, también algo así como una estructura pero no nos obliga. El hogar ofrece el lujo de poder decir que no, de retirarse y de montárselo fácil. Se trata de practicar el acto esencial de la vida en común. Una vida en común con otras personas, animales u organismos. Las plantas nos invitan a participar en la lentitud del desarrollo de su vida. Tiene algo de tranquilizante el vivir con organismos que crecen muy despacio y reaccionan parsimoniosamente a los impulsos procedentes de su entorno, que requieren cuidados sin urgencia y que aprecian la alimentación sin demandarla en unos horarios fijos. Los ritmos de las plantas se adecúan a la velocidad del entorno del hogar.

De una manera muy análoga nuestro hogar puede adecuarse a nuestras costumbres modificadas. Nuevas formas de vida abren nuevos caminos para la organización, tanto de las actividades que tienen lugar en las habitaciones como de estas mismas que ya no tienen que estar cerradas necesariamente sino que pueden estar comunicadas entre sí. En la misma medida en que desaparecen los límites entre programas activos y pasivos se pueden fundir unos con otros en el espacio. Tampoco en los muebles tiene que existir ya una clara asignación. Las habitaciones se liberan de los usos que les han sido asignados tradicionalmente - Una nueva organización de los ritmos hace posible interpretar de forma diferente los espacios típicos de un hogar, en lo que serían posibles formas más abstractas que permiten una cantidad de posibilidades de aprovechamiento hasta ahora desconocidas.

**La cocina funciona como referencia serena de todos estos cambios. Aquí interaccionan muchos ritmos que no se han modificado con el tiempo: el fuego, el agua, el cocinar, el hornear. La cocina es un espacio realmente social en el que se satisfacen tanto necesidades humanas básicas (hambre o sed) como se ofrece espacio para la interacción con el descanso - según sea necesario. Aquí nos reunimos para desayunar, comer a mediodía o cenar o para tomar café. O utilizamos la cocina para trabajar, leer o charlar. La cocina como bastidor o escenario para producir o consumir de forma colaborativa, como punto de encuentro de todos los habitantes de un hogar así como para vecinos y amigos.**

Mientras nos espera un futuro lleno de flexibilidad y cambios, nuestro hogar se abre para habitaciones menos definidas funcionalmente y para acontecimientos fuertemente diferenciados mediante formas de expresión de calor y confort transmitidas a través de materiales. La nostalgia por la intensidad y la resonancia seguirá creciendo por un hogar que satisfagan nuestras necesidades básicas pero que dejen también espacio para la expresión y la improvisación.

**Mientras que las estructuras físicas de casas y viviendas se modifican continuamente, vivir en el hogar significa estar sujeto siempre a determinados organismos, sincronizados con los seres con los que se convive y con las épocas del año. Estaremos estructurando nuestra vida siempre en torno a otras vidas.**